

## DOMINGO XXXII TIEMPO ORDINARIO, CICLO A

### DIOS NOS QUIERE LLEVAR CON ÉL

Por Alfonso Martínez Sanz

Lecturas: Sabiduría 6, 13-17; I Tesalonicenses 4, 12-17; Mateo 25, 1-13



1. La primera lectura, escuchada con atención, está tomada del Libro de la Sabiduría. San Juan Pablo II, en la catequesis del 3 de enero de 2003, decía de este libro: *el Libro de la Sabiduría, un escrito del Antiguo Testamento compuesto en griego posiblemente en Alejandría de Egipto, en los umbrales de la era cristiana... Este libro nos propone fundamentalmente... la inmortalidad bienaventurada como punto de llegada final de la existencia del justo (capítulos 1-5).*

Recientemente hemos celebrado la Fiesta de todos los Santos y de los fieles difuntos, los cuales nos han recordado que esta vida es breve, como un *soplo* o un suspiro -con palabras de los salmos-, pero que no termina con la muerte, sino que esta vida temporal se convierte en eterna, precisamente, pasando por el umbral de la muerte. Para el justo -los santos-, esa eternidad será, según enseña el Libro de la Sabiduría, inmortalidad bienaventurada como punto de llegada final de la existencia terrena. Tal como hemos oído, así lo decía el San Juan Pablo II. Para quienes no mueran en el Señor, para el que no muera justo, esa eternidad será, por el contrario y sin lugar a dudas, inmortalidad desventurada, alejados de Dios para siempre.

2. Dios concede a cada hombre o mujer todas las luces y todas las gracias que le son necesarias para poder descubrir el camino que conduce a una inmortalidad bienaventurada, y para caminar por él hasta llegar a la meta de la bienaventuranza eterna. Por otra parte, Dios es clemente y misericordioso, siempre dispuesto al perdón, pero en el tiempo oportuno y con el arrepentimiento debido. No es tiempo oportuno para los pecados graves el más allá, porque es eternidad y ya no hay posibilidad de arrepentimiento. Pero, aunque breve, el espacio de tiempo, que es nuestra vida en la tierra, es tiempo de gracia y de perdón. Y Dios está dispuesto a perdonarnos hasta *setenta veces siete*, es decir, siempre que sea necesario, con tal de que, como el hijo pródigo, digamos: *sí me levantaré y volveré a la casa de mi padre.*

A pesar de nuestras miserias y pecados, nuestro Padre Dios, porque Cristo murió por nosotros en la cruz, quiere llevarnos al cielo. Son realmente

consoladoras y nos llenan de gran esperanza las palabras de san Pablo escuchadas en la segunda lectura: *si creemos que Jesús ha muerto y resucitado, del mismo modo a los que han muerto en Jesús, Dios los llevará con Él... Así estaremos siempre con el Señor.*

3. Por lo tanto, para que Dios nos lleve con Él, y poder estar con Él, es condición imprescindible *morir en Jesús*, en gracia de Dios, sin pecado mortal. Los que así mueren son verdaderamente sabios, en sintonía con lo enseñado por el Libro de la Sabiduría, y de acuerdo con el refrán popular: *el que se salva sabe, y el que no, no sabe nada.* En este caso, la muerte dará paso a un encuentro con Dios para vivir siempre con Él.

Ese encuentro será, de momento, encuentro del alma con Dios hasta el final del mundo y, a partir de esa hora, el encuentro y el vivir con el Señor serán de la persona completa, alma y cuerpo, porque en la segunda venida de Jesús se realizará la resurrección y transformación de los hombres, tal como enseña el texto leído de la carta a los tesalonicenses y recoge el Credo cristiano.

4. Para vivir con el Señor eternamente es, pues, necesario morir en amistad con Dios, encontrándose el alma en gracia santificante. No nos puede pasar como a las vírgenes necias del evangelio de hoy, que no estaban preparadas cuando llegó la hora. Con todo merecimiento reciben el apelativo de necias. La vida hay que vivirla de manera responsable, ser como las vírgenes prudentes, lo cual exige estar vigilantes permanentemente. El consejo es del mismo Jesús: *por tanto, velad, porque no sabéis el día ni la hora* en que vendrá vuestro Señor, el momento de presentarse ante el tribunal de Dios a rendir cuentas de nuestra vida para recibir lo que nos corresponda, porque como enseña la Biblia, en ese momento, Dios dará a cada uno lo suyo. En el mismo evangelio de san Mateo, se encuentran estas otras palabras de Jesús: *estad preparados, porque en el momento que menos penséis, vendrá el Hijo del hombre.*

Pero, más que saber el día y la hora de nuestra muerte, lo que importa es que estemos preparados en todo momento para bien morir, para morir en el Señor. Como San Juan Bosco le preguntó a un muchacho, nos podemos preguntar nosotros de vez en cuando: *¿Y si te murieras esta noche?* Como esto puede ocurrir, hay que evitar cualquier comportamiento irresponsable. No es razonable vivir al impulso de lo inmediato, sin ningún proyecto ni horizonte de vida futura. En el modo de vivir de cada día, siempre hay que tener presente que, entre todas las muchas cosas que podamos hacer, lo más importante es alcanzar la salvación eterna. Dios lo quiere para todos los hombres, precisamente porque nos quiere a todos con Él.

5. La Virgen es nuestra Madre y Abogada de la buena muerte. A Ella le encomendamos con cariño filial que, en esa hora, estemos preparado y podamos pasar a vivir con Dios y con Ella por todos los siglos.